

Antonio Moreno

ESTAR NO ESTANDO
(UN VIAJE EXTREMEÑO)



FUNDACIÓN
ORTEGA MUÑOZ

PRE-TEXTOS
NARRATIVA



Impreso en papel FSC® proveniente de bosques bien gestionados y otras fuentes controladas

JUNTA DE EXTREMADURA

FUNDACIÓN ORTEGA MUÑOZ

C/ Virgen de Guadalupe, 7. Badajoz 06003

Teléfono y fax: +34 924 220 768 Móvil: + 34 690 224 904

info@ortegamunoz.com www.ortegamunoz-con

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Diseño gráfico: Pre-Textos (S.G.E.) y *

Imagen de la cubierta: *Espiga*, © Antonio Moreno

1ª edición: noviembre de 2016

© Antonio Moreno, 2016

© de la presente edición:

PRE-TEXTOS, 2016

Luis Santángel, 10

46005 Valencia

www.pre-textos.com

IMPRESO EN ESPAÑA/PRINTED IN SPAIN

ISBN: 978-84-16906-12-3

DEPÓSITO LEGAL: V-2659-2016

ADVANTIA, S.A. TEL. 91 471 71 00

A Bárbara

No hemos venido aquí ni a describir ni a razonar. Hemos venido a mirar. Hemos venido, sobre todo, a ensimismarnos.

CÉSAR SIMÓN

Y he aprendido también que si uno se sumerge en el silencio se transforma en el propio silencio.

CEES NOOTEBOOM

ESTAR NO ESTANDO
(UN VIAJE EXTREMEÑO)

PREPARATIVOS PARA EL VIAJE

Retirado en la paz de estos desiertos,
con pocos, pero doctos libros juntos,
vivo en conversación con los difuntos
y escucho con mis ojos a los muertos.

Si no siempre entendidos, siempre abiertos,
o enmiendan, o fecundan mis asuntos;
y en músicos callados contrapuntos
al sueño de la vida hablan despiertos.

TRAS releer en voz alta los versos de Quevedo, el profesor ha retomado el hilo del discurso que iniciaba el día anterior. A partir de este célebre soneto y de tres poemas más –un viejo romance, unos versos de Juan Ramón Jiménez, unas palabras de Unamuno– ha hilvanado sus reflexiones. Cualquier texto con vida puede ser un buen punto de apoyo desde el que mover el mundo: tan sólo es preciso que sus palabras sean justamente eso, *mundo*, es decir, que en su interior participan de la naturaleza de todas las cosas creadas y del conjunto de los hombres. La vida no sabe de zurcidos ni costuras.

Las del profesor, más que cavilaciones, en realidad parecen lugares comunes. Pero sus bachilleres son aún muy jóvenes, y para ellos en esas generalidades sopla el aire inédito de la novedad. Les recuerda aquello del *nihil novum sub sole* que repite el Eclesiastés, y a con-

tinuación agrega que, invariablemente, todo escritor está destinado a volver, a regresar a los viejos temas de siempre, en una especie de eterno retorno. No hay que temer a los tópicos; todo es cuestión de matices. De hecho, las palabras de un buen poeta son una milagrosa resurrección de los tópicos, que dejan de serlo porque ellas respiran y son eso, *mundo*. Es lo que ocurre con los versos de Quevedo, creados por un lector atento de las epístolas de Séneca a Lucilio, las cuales fueron escritas durante los últimos tres años de vida del filósofo cordobés. El sosiego de la vida retirada, los libros contados y escogidos —«Disipan el espíritu los muchos libros», advertía Séneca— como excelsa forma de comunicación con las mejores almas, la palabra callada, oída y pronunciada en el silencio: todos son motivos senequistas que, sin embargo, leemos en Quevedo como una verdad recién traída.

A renglón seguido el profesor discurre sobre la fecunda y curativa soledad evocada en el poema. Su autor —víctima de sí mismo, azacaneado por sus ambiciones políticas— la requería a modo de bálsamo. Al fondo, como surgido de la vitela de uno de esos antiguos códices iluminados, Quevedo parece haber levantado la cabeza desde la lejanía de su estudio, sumido en sus pensamientos. No mira nada en concreto; atiende al vacío. Pero al momento el profesor añade que, en rigor, a fin de cuentas, Quevedo ahora somos cada uno de

nosotros. E insiste en la idea de la verdad recién escuchada. Previene a sus alumnos contra el tosco e ignorante prejuicio que separa la ciencia de las letras.

—Existe hoy, ciertamente, una terrible especialización en las ciencias y las letras. Resulta laberíntica. Y esto es lo malo, que se ha perdido la visión del conjunto. No hay tanta distancia entre las ciencias y las letras...

Cita algunos ejemplos de unión de ambas, empezando por *De rerum natura*. ¿Y por qué no hay tanta distancia entre las ciencias y las letras? Porque unas y otras aspiran a lo mismo, al conocimiento y, sobre todo, porque ambas aman la verdad. El poeta, lo mismo que el científico, quiere apurar los límites: los límites de la comprensión y los del lenguaje.

—¿A quién le gusta que le mientan? A nadie; a todos nos irrita. Todos detestamos la falsedad, las dobleces, el engaño. El auténtico escritor, el que ama las palabras y las considera como algo más profundo que un mero pasatiempo, ama la verdad. Y si fabula, si, como sucede en el teatro, recurre a los artificios y a las mentiras, es por amor a la verdad. También, por la necesidad de compartirla. Si no, pensad un poco. ¿Qué le ocurre al que ha visto o ha encontrado algo extraordinario, algo realmente asombroso? Le es imperioso compartirlo con los demás; aunque no con cualquiera, claro, sino con quienes disfruta de un trato más per-

sonal y estrecho. Pues bien, paradójicamente al poeta, que aspira a ser leído, en el fondo le pasa lo mismo.

Es viernes 12 de septiembre, un bochornoso 12 de septiembre, pero el profesor lo vive como un día alado y fresco. No ha dado más que cuatro clases, y por fortuna la de hoy será para él la última de este curso. Ha pedido una licencia sin empleo ni sueldo; durante los próximos nueve meses ya no tendrá que pisar un aula. No tendrá que gastar la garganta. Es, por así decirlo, su año sabático. Pero siente también cierta melancolía de dejar a sus alumnos, que en general lo escuchan con interés y extrañeza, y a quienes no tarda en cobrar un afecto inconcreto que con el correr del tiempo se iría perfilando. No es nada frecuente hallar miradas tan limpias, oídos tan sinceros.

El profesor lo es desde hace veintiséis años. Son muchos; tantos como para haberse convertido, a sus cincuenta de edad, en alguien que muy bien podría ser padre del joven aquel de veinticuatro que un día se puso delante de aquellos adolescentes, los mismos de hoy, los mismos de siempre. Él, no obstante, nunca se ha visto ni como profesor ni como muchas otras cosas. No tiene vocaciones con las que pueda ganarse el sustento. Porque, si hay algo con lo que sin lugar a dudas se siente identificado, si hay una acción en la que se reconoce desde que era un muchachillo como los que hoy le escuchaban, esa actividad es el sencillo acto de

caminar, de andar larga y demoradamente. Nada más. Por eso, desde este mismo momento, en lo sucesivo al profesor le llamaremos el caminante, ya que él básicamente se ve como un hombre que camina. Y por eso está claro que a nadie se le paga.

Cumplidos los cincuenta, ha decidido hacer un alto profesional durante unos meses.

—Ahora, ¿qué vas a hacer?

Es lo que le han preguntado, al despedirse, algunos de sus compañeros de pasillos.

—Nada en concreto. Lo primero será andar unos días.

—¿Y escribirás el viaje?

No lo hace para escribir. Ya hay mucho escrito. A veces estima que la humanidad podría dejar de componer libros para redescubrir los hechos. ¿Cómo va a pensar en escribir quien sólo quiere caminar mucho, recibir el día caminando y dormir en medio del camino? Además, a él le sobran las palabras. Él únicamente desea abrir las manos para saludar al mundo, contemplarlo, hablar apenas lo indispensable, vaciar, mientras da sus pasos, la cabeza. Y es que todo verdadero caminar lleva al despojamiento, a donde ya nadie es nadie. Bien vista, su pretensión coincide bastante con el deseo de retiro de Quevedo. La diferencia principal —sólo grande en apariencia— es que durante la errancia de ese retiro el caminante no consagrará sus

energías al diálogo con los libros, por más que éstos también acompañen sus silencios. Con todo, sabe que cuando él mira las cosas igualmente conversa con los muertos, puesto que, consciente o inconscientemente, mira con y por ellos. Uno ya no mira solamente para sí desde el momento en que empieza a olvidarse de su rostro, como si no fuera nadie.

El próximo lunes será cuando parta, y todavía debe hacer alguna última compra para el camino.

Ha estado preparando la mochila, sopesando los gramos de cada objeto, valorando, en fin, la posibilidad de prescindir de algún papel, de alguna prenda, de cualquiera de los chismes reunidos para el equipaje. Todo —el saco de dormir, la capelina para la lluvia, una linternita, el pequeño cuaderno, una bolsa con uvas pasas y nueces peladas, la cantimplora, la toalla y el jabón y las mudas...—, todo reposa esparcido por el suelo, al pie de los libros de su cuarto. Se incorpora y se queda observando la impedimenta. Tal vez sea demasiado viejo para esto... «Me dolían los huesos, molidos por el peso de la carga que soportaban. Para viajar debería bastarnos sólo con el peso de nuestro cuerpo», anota Matsuo Bashô en *Sendas de Oku*. Poco después aquel poeta peregrino añadía: «Las dádivas estorban a los viajeros». Bashô murió a los cincuenta años.

Acto seguido el caminante, que recapacita advirtiendo que tiene esa misma edad, casi sin darse cuen-

ta revisa los lomos de distintos ejemplares de la *Odissea*, junto a Hesíodo, Jenofonte y los filósofos presocráticos.

Desde que, siendo jovencísimos, él y su mujer hicieron una larga caminata costera desde La Coruña y Cayón hasta los cabos Vilano y Finisterre, apenas ha vuelto a caminar cargado. Y ya no es aquel muchacho de veinte años capaz de agobiar sus hombros como un quincallero. Con treinta más y una clavícula partida y mal recuperada, con una espalda aquejada de molestias y protusiones, ¿cuánto podrá resistir? Quién sabe. Lo mismo queda derrengado en la primera jornada. El equipo de un legionario romano pesaba unos veinticinco kilos, que aguantaba durante poco más de cinco horas, en agotadoras marchas de unos treinta kilómetros, tras las cuales aún debía sudar y deslomarse construyendo el campamento donde pernoctar. Y un legionario prestaba sus servicios a la preclara Roma durante veinte o más años, hasta que lograba licenciarse y establecerse en alguna parte del imperio. Si es que llegaba con vida para verlo...

El caminante, finalmente, guarda todos sus útiles, tras desechar todavía un par de calcetines y un pequeño espejo. Al fin y al cabo, son diez u once kilos. Desde luego, si levantara la cabeza y conociese sus dudas, un veterano de aquellas legiones romanas se reiría bien a gusto.